

“SOMOS HIJOS DE DIOS”



“SOMOS HIJOS DE DIOS”

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

MAYO 2017

5,000 Ejemplares

“SOMOS HIJOS DE DIOS”



Todos los niños y todas las niñas que vienen al mundo son hijos e hijas de Dios. Sin embargo, los que hemos recibido el sacramento del bautismo somos sus hijos y vivimos eternamente agradecidos. Gozamos de su predilección, su amor especial, el habernos llamado a ser plenamente sus hijos. Eso nos hace vivir la vida de una manera maravillosa. ¡Soy un hijo de Dios! Así ya no me muevo guiado por mis adicciones y mis deseos de maldad, lo terrenal, sino que al contrario lucho y trabajo por una vida de hermanos, por

la justicia y la paz, es decir, por lo alto, lo que es el plan de Dios.

Todos los que recibieron a Jesús, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.

Cuando Jesús fue visitado por el líder religioso Nicodemo, Él no le aseguró el cielo de inmediato. En vez de ello, Cristo dijo, “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”

Cuando una persona nace físicamente, hereda la naturaleza de pecado como resultado de la desobediencia de Adán en el Jardín del Edén. Nadie tiene que enseñar a un niño a mentir. Él por naturaleza sigue sus propios deseos erróneos, que lo conducen a pecados tales como mentir, robar y odiar. En lugar de ser un



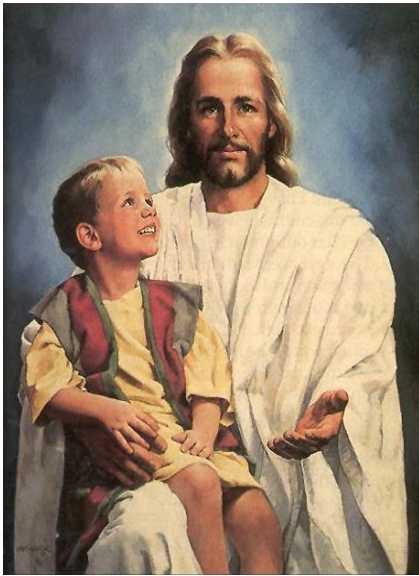
hijo de Dios, él es un hijo de ira y desobediencia.

“Y Él nos dio vida a nosotros, cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne,

haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.”

Como hijos de ira, merecemos estar separados de Dios en el infierno. Afortunadamente, el pasaje continúa, “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.” Debemos recibir a Jesús mediante la fe en Él.

Primero, debemos reconocer que Jesús es el eterno Hijo de Dios quien se hizo hombre. Nació de la Virgen María, por el poder del Espíritu de Dios Padre, que es el Espíritu Santo. Jesús no heredó la naturaleza pecaminosa de Adán. Por esto, Él es llamado el segundo Adán. Mientras que la



desobediencia de Adán trajo la maldición del pecado sobre el mundo, la vida perfecta de Jesucristo puede cubrir nuestras vidas pecaminosas. Nuestra respuesta

a esto debe ser de arrepentimiento, confiando en que su vida perfecta nos purifica.

Debemos tener fe en Jesús como nuestro Salvador. El plan de Dios era sacrificar a Su perfecto Hijo en la cruz, para pagar el castigo que merecemos por nuestros pecados: la muerte. La muerte de Cristo libra del castigo y

del poder del pecado a aquellos que lo reciben.

Finalmente, debemos seguir a Jesús como nuestro Señor. Después de que Cristo resucitó victorioso sobre el pecado y la muerte, Dios le confirió toda autoridad. Jesús guía a aquellos que lo reciben; pero Él juzgará a todos los que lo rechacen.

Por la gracia que Dios nos da de arrepentirnos y tener fe en el Salvador y Señor, nacemos de nuevo a una Vida nueva como hijos de Dios. Solo aquellos que reciben a Jesús – no los que apenas saben de Él, sino los que confían en Él para salvación, se someten a Él como su Amo y Señor, y lo aman como el supremo tesoro – son hechos hijos de Dios.



“A todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de

varón, sino de Dios.”

Así como no tuvimos participación alguna en nuestro nacimiento natural, tampoco podemos lograr nuestro nacimiento dentro de la familia de Dios, por medio de buenas obras o invocando la fe surgida de nosotros. Como lo dicen las palabras antes mencionadas, Dios es el único que “tiene el derecho” de acuerdo

a su misericordiosa voluntad. “Mira cuanto amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.” Por eso, el hijo de Dios no tiene nada de que enorgullecerse, sino sólo glorificarse en el Señor.

Un hijo crece para parecerse a sus padres. De manera similar, Dios quiere que sus hijos se vuelvan más y más como Jesucristo. Aunque sólo en el cielo podremos ser perfectos, un hijo de Dios no pecará habitualmente y sin arrepentirse. “Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como Él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; y no puede pecar,



porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es hijo de Dios.”

No nos equivoquemos; un hijo de Dios no puede ser “repudiado” por pecar. Pero alguien que “practica” el pecado, por ejemplo: Que constantemente disfruta en pecar sin hacer caso de seguir a Cristo y su Palabra, revela que nunca ha nacido de nuevo. Jesús dice de tal gente, “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer.” Por otra parte, a los hijos de

Dios ya no les atrae la gratificación del pecado; sino el deseo de conocer, amar, y glorificar a su Padre.

La recompensa de ser hechos hijos de Dios es inmensurable. Como hijos de Dios, formamos parte de Su familia, tenemos prometido un hogar en el cielo, y nos es dado el derecho de aproximarnos a Dios en oración como nuestro Padre.

“Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”.

Dios siente tanto amor por nosotros que quiere hacernos sus hijos e hijas.



Los apóstoles lo entendían muy bien, pues Juan, por ejemplo, expresa: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos

llamados hijos de Dios”, y Pablo afirma que Dios “os llamó a su reino y gloria.”

Sí, Dios quiere darnos la bienvenida a su familia. Una maravillosa meta por la cual luchar.

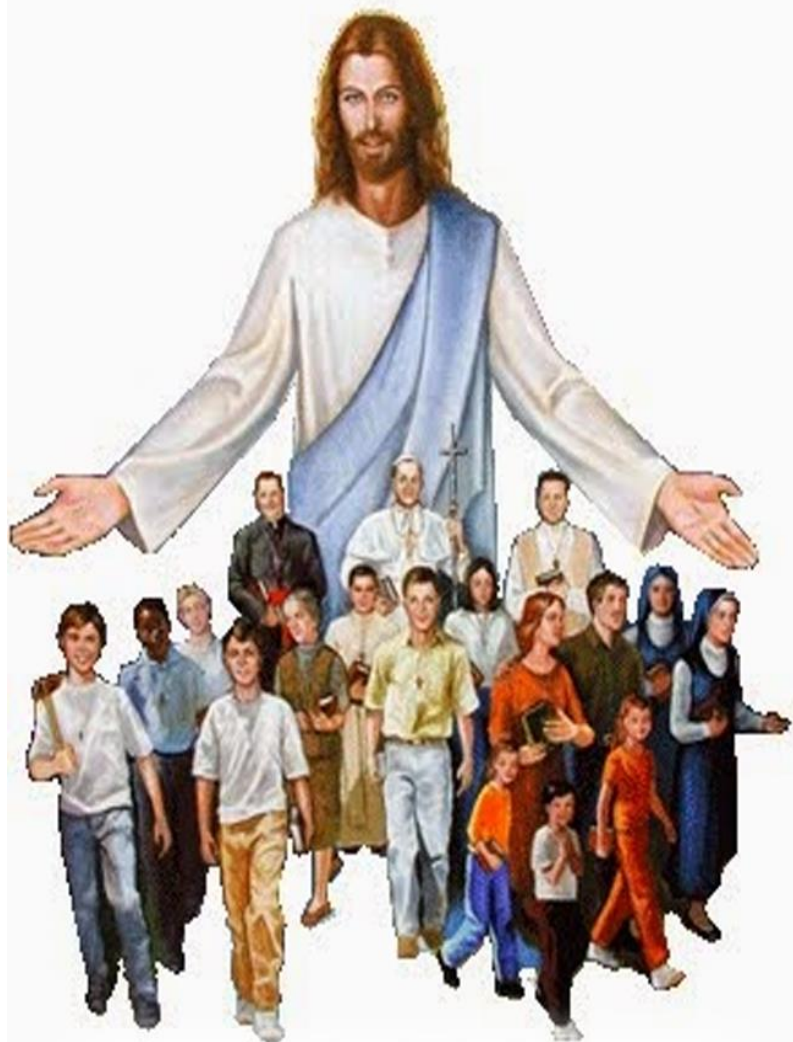
Pero este increíble regalo no es para cualquiera. Para recibir tal privilegio debemos cumplir ciertos requisitos. Dios quiere estar seguro de que puede confiar en nosotros, de nuestro amor por Él y de que le obedeceremos

fielmente pase lo que pase. Él nos creó con libre albedrío (la capacidad de tomar decisiones propias) y quiere que escojamos el camino que nos beneficiará tanto a nosotros como a quienes nos rodean, el camino hacia su carácter perfecto. Esto por supuesto implica rechazar el camino que sólo traerá desdicha a quienquiera que lo siga y a todos a su alrededor. En otras palabras, Dios no aceptará en su familia a quienes decidan desobedecerle y quieran tomar su propio rumbo. Claramente, la confianza juega un papel muy importante en todo esto. Dios no nos dará Vida eterna como seres divinos sin estar completamente seguro de que puede confiar en nosotros por la eternidad.

Nuestro bienestar y el de toda la creación son de suprema importancia para Dios. Sus

prioridades siempre son servir y ayudar; Dios nunca es egoísta. El mundo, en cambio, se deja guiar por el egoísmo: “Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios... ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables... crueles, aborrecedores de lo bueno...”

Dios es justo y santo; su carácter es por naturaleza recto, bueno y misericordioso. Si tenemos que resumirlo, en una palabra, Dios es amor. El ser humano fue creado para tener una relación muy especial con su Creador. Esto significa que debemos esforzarnos con diligencia por conocer mejor a Dios y parecernos cada vez más a Él. Responde al llamado de Dios a arrepentirte del pecado y a creer en Cristo. Estarás manifestando claramente que quieres ser hijo de Dios.



“TODOS SON MIS HIJOS”